

Mi Cuerpo, su Cuerpo

Todo lo que puedo ver es negro. Una profunda e inquietante negrura, no hay nada más a mi alrededor; No puedo sentir, oler, ni saborear. Siento que ya no puedo respirar. Lo único que sé es que me rodea la oscuridad, que me ha tragado. Intento moverme, mover un brazo, pellizcarme, para comprobar que ya nada parece real. Nada funciona, todo está rodeado de la más completa oscuridad. He perdido el sentido de la realidad. No sé cuánto tiempo he permanecido aquí. Ahora no siento nada. No tengo hambre, no me encuentro cansada, no me duele nada, no tengo miedo a nada. Aquí no hay nada.

Ahora parece que estoy despierta, miro el reloj, las 8:45. Doy un salto de la cama y corro la persiana de la ventana; el sol entra a raudales en la habitación y calienta mi fría alma. Me visto y me voy al colegio. Después, en la tarde en la casa de mi amigo Carlos, miramos viejas fotografías tuyas, el calor y la luz del fuego en la chimenea nos acompañan. De pronto sus dedos sacan un viejo y sucio sobre azul. Su cara parece descomponerse. Yo le pregunto: - ¿De quien és?

Con voz temblorosa me responde: - La carta que Cati me dejó antes de que muriese, tartamudeó. Cati era su novia quien se suicidó hacia tres años. Nunca quiso hablar de ello, ni de lo que realmente pasó. – No debemos rememorar el pasado, dijo y de pronto tiró la carta al fuego de la chimenea. Tan pronto como el fuego mordió el frágil papel, se oyó un agudo grito, el sonido era terrible y el fuego de la chimenea pareció avivarse, las llamaradas rojizas parecían haber despertado el infierno. El sonido se hacía cada vez más agudo en mis oídos hasta hacerse insoportable, no escuché nada más y caí desmayada al suelo.

Me desperté momentos después. Una voz preocupada me decía: Cati, ¿te encuentras bien?
– Si estoy bien! ¿qué ha pasado? yo contesté confusa. Me contestó mi amigo Carlos- te

asustó la llamarada del fuego y caíste al suelo. Yo pregunté, - ¿no has oído ese terrible grito?

- No, yo no he oído nada.
- ¡Cómo que no, si era un sonido horrible, como un gato llorando!
- No oí nada, seguro que estás bien, ¿te acompaño a casa?
- No ahora estoy bien, debo de haberlo imaginado.

Cuando llegué a casa me fui directamente a la cama. A medianoche, me desperté sudando. La habitación estaba a oscuras. Parecía como si en ella se ocultaran sombras desconocidas. La cortina se movía como si una corriente de aire invisible agitara sus alas, pero la ventana estaba cerrada, incluso la puerta. Tragué saliva. Sentía como si no estuviera sola. De pronto algo me agarró fuertemente por el hombro, lo cual me produjo un agudo dolor. Miré mi brazo y la sangre resbalaba en un continuo goteo. Una voz suave decía: - ¡Quiero tu cuerpo Cati!. Grité y de pronto...me desperté: ¡fue un sueño! Salté de la cama y encendí la luz. Miré mi hombro y para mi sorpresa gotas de sangre ya secas cubrían mi hombro. Allí en la piel había marcadas fuertemente cuatro señales de arañazos. ¿Fue un sueño?. Antes de que pudiera reaccionar, un viento helado rozó mi rostro. La ventana se abrió de par en par. Cerré la ventana temblando y de nuevo me fui a la cama, pero no pude dormir en toda la noche esperando otra extraña señal. A la mañana siguiente pude contemplar de nuevo esas marcas en mi hombro, ello corroboraba que no sólo había sido un sueño. Además recordaba las palabras susurradas en mi oído: - Quiero tu cuerpo Cati. ¿Quién podría querer mi cuerpo y con que fin? Intenté olvidar aquellas palabras y me dirigí a mi escritorio, encima había un viejo papel con unas palabras escritas en tinta roja: - ¡Tu quemaste mi carta y yo te quemaré a ti! No podía ser, era la misma letra que figuraba en el sobre de la carta de suicidio que la

novia de Carlos le había dejado. El pánico se apoderó de mí y llamé a Carlos. – Grité en el auricular del teléfono – ¡Es ella me quiere quemar viva!

- Tranquilízate ella está muerta y no puede hacerte nada. Eso que dices es una locura.

- ¡Tienes razón, no tengo por qué preocuparme!.

Aquella noche se fue la luz en todo el barrio, la tormenta era muy fuerte. Encendí una vela y empecé a subir la escalera hacia mi dormitorio. El primer peldaño crujió y el viejo abrigo colgado en el perchero parecía un anciano encorvado. Subí rápidamente sintiendo el miedo detrás de mi espalda, miré el hueco negro de la escalera y corrí hacia la habitación, de pronto la vela se apagó. Al pasar por la puerta del lavabo, oí el sonido del agua saliendo del grifo. Abría la puerta lentamente y con voz trémula pregunté: ¿hay alguien? Fuera en la calle la electricidad parecía funcionar de nuevo, así que mi mano buscó desesperadamente el interruptor del baño. En el suelo el agua caía desde la bañera y la cortina estaba cerrada. Pregunté quedamente - ¿quién hay detrás de la cortina? Súbitamente se sintieron unos fuertes golpes, mi mano temblorosa se dirigió a la cortina y la abrí violentamente. No había nadie, pero en aquel instante una mano como un garfio cogió mi cabeza y la sumergió en la bañera llena de agua. Solo podía sentir confusión, de pronto la presión cesó y saqué la cabeza, tosí y escupí el agua que había empezado a entrar en mis pulmones. Me miré aterrada en el espejo del lavabo y allí había algo escrito: - ¡Tu te llevaste a mi marido y esta noche vendré yo a por ti!

Llamé a Carlos por teléfono y se lo conté todo con detalle, no lo creía y me aconsejaba que durmiera con un somnífero. Seguí su consejo y me fui a dormir.

Unos fuertes golpes me devolvieron mi consciencia. Me dirigí al baño y de nuevo oí el sonido del agua saliendo a raudales del grifo. Sentí un miedo profundo, pero algo dentro de mí me decía que no podía salir corriendo, tenía que afrontar aquella pesadilla. Me dirigí a la

puerta y a medida que me acercaba el sonido de fuertes golpes parecía ir in crescendo. Abrí lentamente la puerta, el vaho caliente golpeó mi rostro. La cortina de la bañera estaba de nuevo cerrada. Grité desesperadamente. – Por el amor de Dios, ¿no puedes dejarme en paz? Por favor ¡yo no te he hecho nada! Mis palabras parecieron acrecentar el ruido de los golpes. - ¿Qué es lo que quieres de mí? Corrí de nuevo la cortina, no debí de haberlo hecho, dentro de la bañera aparecía un cuerpo femenino en fuerte estado de descomposición. Los ojos cerrados se abrieron pero solo había dos profundos agujeros negros. Sus manos como garras me agarraron los brazos y me arrastraron hacia el agua caliente, que quemaba mis manos. Un dolor agudo me traspasó, presa del pánico oí sus palabras – ¡Te dije que vendría a por ti, tu te llevaste a mi marido, quemaste mi carta y yo te quemaré a ti! Yo me convertiré en ti y estaré de nuevo al lado de mi marido. El sonido hueco de su voz golpeaba mis tímpanos y en aquel instante cerré los ojos y pensé: - ¡Si pudiera borrar todo y volver hacía atrás! De pronto todo desapareció, me miré en el espejo y se escuchó una risa, era yo quien reía, el espejo devolvía mi imagen, pero yo ya no era yo, era ella, la mujer de Carlos dentro de mi cuerpo, yo ya no estaba dentro de mi cuerpo. Y ahora floto en la negrura de la nada. Quizás estaba condenada desde el principio... a estar donde me hallo ahora, en el negro de la nada, ya no tengo cuerpo. No soy nada. Antes era mi cuerpo y ahora, ¡ella se ha apoderado de él!

HERACLIDE